EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11788

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 29 DE ENERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

NO HAY QUE DESMAYAR

No tiene razon de ser el desaliento que influye á los vecinos del barrio de *Peral*. La promesa de la Compañía ferrocarrilera, referente a la construccion del apeadero, no ha sido olvidada. Al contrario, la empresa se ocupa en ese asunto y ayer tuvimos ocasion de comprobarlo.

Lo que ocurre es que la edificación no puede hacerse sin cumplir ciertos tramites, unos de cortesía y otros de obligacion.

Esta fuera de duda que Los Molinos quiere el apeadero, pero no en cualquier parte. Le conviene más en un punto que en otro; y como la Compañía puede acceder, dentro de ciertos límites, a hermanar los deseos del público con sus intereses, se trata ahora de solucionar este punto, que habrá sido resuelto por el Alcalde en una conferencia.

En cuanto a los tramites de rúbrica, hay que instruir el expediente de cesion de terrenos antes de poner la primera piedra del apeadero; pero cuando quede ultimado—y lo estara en breve—las obras marcharán rapidísimas.

No hay motivo, pues, para perder la confianza; el tiempo pasado desde que dimos la noticia de la construccion del apeadero no ha sido malgastado Lo que pasa es que hemos visto transcurrir los años sin que la Compañía haga la estacion a que viene obligada y nos parece que con el apeadero sucederá lo mismo.

Y aproposito de la estación definitiva:

Pronto comenzaran las obras La Compañía que ha tenido olvidado ese asunto durante cuarenta años, desea ahora aprovechar los momentos y a este fin da las órdenes oportunas para que con urgencia comiencen las operaciones Decidida á cumplir las obligaciones de la concesion, se apresura á demostrar los propósitos que abriga llevándolos a la práctica.

Para edificar la estación definitiva es preciso preparar el terreno limpiándolo de estorbos; y al efecto, mañana comenzara ese trabajo preliminar, levantando las vías que atraviesan el campo de la instalacion para emplazarlas en sitios distintos.

Mucho nos complace que la Compañía del ferro-carril salga del marasmo en que aparecia envuelta, sin voluntad de oir y menos de hacer; y si, como creemos, abre un paréntesis de gran actividad a su larga pereza, con gusto le otorgaremos nuestro aplauso, dando al olvido la desconsideracion en que nos tuvo y el feo é inmundo barracón que durante cuarenta años viene siendo estación de Cartagena.

CUADROS CELEBRES DE POUSSIN

El testamento de Eudamidas

Eudamidas, natural de Corinto, figuró en la escena política de Grecia en el primer tercio del siglo IV, antes de Jesucristo Fue general de Esparta, desplegando sus dotes militares en la guerra entre los calcedonios y los olintios.

Tal es el personaje que figura en el cuadro que representa nuestro grabado. Eudamidas, próximo á morir, dicta su testamento á dos amigos de su confianza. A los piés de la cama vénse, también, inconsolables, á su esposa é hija.

Pertenece este cuadro á un gabinete particular de Munich y mide 1'66 ms. de ancho por 1 metro de alto.

Curiosidades

En Noruega no se permite votar en las elecciones á las personas que no están vacunadas.

—

Por término medio gastan en Italia los touristas que van á visitarla 80 millones y medio de pesetas. De esta suma, la tercera parte proviene de touristas americanos.

—

Antiguamente, cuando se usaba aceite en los faros, los que tenian 1.000 bujias de potencia se los consideraba como monstruosos.

Hoy el faro eléctrico que hay en Havre (Francia) emite una luz de 2 000 bujias de potencia.

—

La palabra bancarrota proviene de otras dos italianas que significan «banco roto.»

Los cambistas y banqueros de Venecia y Florencia y de otras varias ciudades italianas ponian en los mercados un banquito sobre el cual colocaban el dinero.

Cuando algunos de estos prestamistas que casi todos eran judíos, no podía pagar sus deudas, se rompía públicamente el banco y se decía que había hecho «banco roto.»

De aquí proviene la palabra española bancarrota.

—

Los vegetanarios dicen que es una mentira averiguada la de que la carne es un alimento indispensable para tener fuerzas, y aducen que los animales más fuertes de la creación son herbívoros y no carnívoros.

El león, por ejemplo, es formidable por su ferocidad pero no por su fuerza, mientras que el elefante, que sólo come hierbas, tiene una fuerza igual á la de varios leones juntos y eso que es herbivoro.

Los animales que tienen más resistencia y más velocidad, como el caballo, el reno, el antilope, el camello y otros, son también herbívoros. Los amaestradores de perros los alimentan con vegetales solamente, y otro tanto hacen muchos cazadores.

EL VERDADERO CAMINO DE LA REGENERACIÓN

Casos como los que están ocurriendo en algunos de los establecimientos benéficos de Toledo y en el hospital Provincial de Madrid, donde la leche que se sirve á los enfermos se ha demostrado que casi toda ella es agua y sin elementos de nutrición; estos casos y otros por el estilo, si aquí hubiera una opinión sana, ilustrada y con sentido común, merecerían más atención que los programas ampulosos de los partidos y de otras colectividades, los cuales, por su misma extensión y complejidad, son imposibles de realizar.

Cuando nosotros oimos hablar todos los días de regeneración, de reorganizar los servicios y de hacer en el presupuesto de gastos no sabemos cuántos centenares de millones de economías, nos preguntamos si se trata de una broma que se quieren dar unos á otros los Dulcamaras de la política, ó si estamos delante de una clase gobernante neurótica y sin sentido de la realidad.

En España no hacen falta programas, ni grandes mudanzas en la legislación, ni todos esos específicos que se lanzan al viento, más propios de curanderos charlatanes que de hombres de Estado.

En España, lo que se necesita en primer término, es administrar bien, y lo más conveniente será corregir los males que se advierten, por medio de una labor constante, honrada, diligente, modesta, poco ruidosa, porque el ruido suele hacer daño aun á las obras mejor intencionadas.

No conocemos un solo partido que no se haya visto mezclado en complicaciones fastidiosas y á veces en lances graves, por prometer programas que luego no puede cumplir; y por su parte, no deja de ofrecer riesgo de mandar decretos y más decretos á la *Gaceta*, mudándolo todo de piés á cabeza, como si semejante procedimiento no trajera siempre en pos de sí errores, peligros y trastornos.

Cien veces preferiríamos nosotros á quien trabajara con perseverancia, con rectitud y con modestia por mejorar la administración española, corrigiendo parcialmente los vicios y mejorando lo defectuoso, que á aquellos que nos prometen pomposos programas de regeneración, eficaces para sugestionar á los tontos, pero imposibles, en casi todos sus extremos, de realización.

La obra perseverante y silenciosa de todos los días en el sentido del bien, vale más que todos los decretos y todas las leyes de la *Gaceta*, aun en el supuesto de que tales leyes sean bien intencionadas.

No hacen falta leyes nuevas ni programas sugestivos: lo que urge en España es que sean buenos sus gobernadores, sus delegados de Hacienda, sus diputados provinciales, sus concejales y cuantos están encargados de la administración y del gobierno.

VARIEDADES

CHARADA

Segunda en *prima segunda*
tercera una hermosa *todo*,
y, por no corresponderme,
me recibió de ardor loco
el *prima cuarta*, y curado
me retiré sin antojos

creto el retrato á la acuarela de su «objeto», y poníase encendida hasta las orejas cada vez que se pronunciaba ante ella el nombre de Kapitón, que así se llamaba su «objeto». Y Teleguín con cara de vinagre y amenazándola con el dedo meñique, decía: «No te fíes de tu caballo en el campo ni de tu mujer en la casa. ¡Hum! ¡Ese Kapitón me hace el efecto de un cupido!» Entonces Melania Pavlovna se sobrecogía y exclamaba:

—¡Alexis! ¿No te dá vergüenza, Alexis? Porque en tu juventud hayas mariposeado (estoy segura de ello) en torno de un montón de señoritas, ¿llegas á imaginarte que..?

—Vamos, cálmate, Melanita mía—interrumpía Teleguín sonriendo;—tu vestido es blanco y tu alma es más blanca todavía.

—¡Oh, más blanca; Alexis, más blanca!

—¡Ah, esa lengua; palabra de honor, esa lengua! —repetía Alexis, dándola golpecitos suaves en la mano.

los, pendientes, vestidos, cintas, ó bien enviaba de su propia mesa un pastel, un trozo de asado, un vaso de vino. Los días de fiesta gustaba de regalar á las mujeres de la aldea y las rogaba que bailasen, mientras ella misma tomaba posturas de baile y marcaba el compás con los piés.

Teleguín sabía muy bien que su mujer era tonta; pero desde los primeros tiempos de su matrimonio había aprendido á fingir como que creía que tenía ella la lengua muy afilada y que la gustaba lanzar frases punzantes. Cuando la veía en vena de charlar de más, amenazábala con el dedo meñique, diciendo: «¡Oh maliciosa lengüecita! ¡Las tendrá que pagar todas juntas en el otro mundo! Pondrán ruciente al fuego un agujón y la atravesarán con él.»

Melania Pavlovna no se ofendía por esas palabras; por el contrario, las oía con secreta satisfacción.

«Y ¿qué?—parecía decir.—¿Tengo yo la culpa de haber nacido tan ingeniosa?»

Adoraba á su marido, y durante toda su vida fué cabal modelo de fidelidad conyugal; sin embargo, había tenido un «objeto». Era un primo, joven; un húsar que—según se imaginaba ella—había muerto en desafío por su causa, pero que, según documentos más fidedignos, murió de un golpe en la cabeza, en una riña de taberna. Ocultaba en un cajón de se-

allí todo Moscú! Unas apreturas horrorosas... trenes de cuatro caballos... carrozas doradas... correos de gabinete... ¡El del conde Zavadowsky, por cierto, se cayó debajo de las ruedas!

—El mismo arzobispo fué quien nos unió. ¡Y qué homilía! Todo el mundo lloraba; á todas partes donde volvía la vista, no veía sino lágrimas y más lágrimas... Y los caballos del general gobernador eran atigrados... ¡Y qué de flores hubo! ¡Nos cubrieron de flores! Y en aquella ocasión un extranjero muy rico, riquísimo, se mató por amor. Y el conde Orlof asistía á la ceremonia... Y se aproximó á mi marido, le felicitó y le llamó ¡feliz mortal!... Feliz mortal, ¿oyes tú, bobito? Y por contestación á estas palabras, mi marido hizo un saludo de los más distinguidos, trazando con el sombrero en las losas una línea de izquierda á derecha, como para decirle: «¡Entre V. A. y mi mujer hay ahora una línea que no franquearéis!» Y Orlof Alexis Grigorievitch, comprendió en seguida y le cumplimentó. ¡Oh! ¡Era un hombre!... ¡Qué hombre era! Otra vez fuí invitada á un baile en su palacio con Alexis—era después de mi boda—¡y llevaba unos soberbios botones de brillantes! No pude contenerme sin elogiárselos, y le dije: «¡Qué magnífica botonadura lleva V., señor Conde!» Y cogiendo él un cuchillo de la mesa, arrancó uno